

# Editorial

## La etnografía frente a los desafíos actuales de las ciencias sociales

Consuelo Biskupovic<sup>1</sup> y Guillermo Brinck Pinsent<sup>2</sup>

En el marco de un encuentro pluridisciplinar sobre etnografía realizado en 2017 en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano<sup>3</sup>, UAHC, emergió una pregunta que resulta fundamental rescatar para abrir este dossier. Por simple que parezca, el cuestionamiento trataba sobre qué nos reúne hoy en día, qué nos hace convivir, compartir recursos y vivir en común. Nos preguntamos qué respuestas es posible aportar desde las ciencias sociales y cómo producir esas respuestas. Ahora bien, la herramienta primordial para estudiar el “con-vivir” es sin duda la etnografía, por la permanencia y la observación *in situ* del investigador. Practicar la etnografía supone colaboración; considerada menos

---

<sup>1</sup> Doctora en Antropología por la la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, investigadora y profesora de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Contacto: [cbiskupovic@gmail.com](mailto:cbiskupovic@gmail.com)

<sup>2</sup> Candidato a doctor en Antropología por la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, investigador y profesor de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Contacto: [gpbbrinck@gmail.com](mailto:gpbbrinck@gmail.com)

<sup>3</sup> El origen de este número está en las Primeras Jornadas de Etnografía que se llevaron a cabo en noviembre del 2017 en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, UAHC (Santiago, Chile), en el marco de la conmemoración de los 25 años de existencia de la Escuela de Antropología de la misma institución y en el inicio del año académico de los programas de posgrado (Magister en antropología y Magister en metodologías de investigación e intervención social).

como imitación y más como una técnica del acoplarse, asume la imposibilidad de (con)fundirse con el otro, así como la intervención del investigador en las comunidades observadas: no somos neutros, participamos de ese compartir, no podemos ser narradores omniscientes de la vida en sociedad pues somos parte de ella. Para responder esas preguntas básicas del con-vivir, la etnografía es un proceso que nos permite observar conductas y que nos ayuda a asegurar la fiabilidad de nuestros datos obteniéndolos de “primera mano”.

A partir de estos consensos, es posible constatar que, más allá de los diferentes modelos en la etnografía, esta es una forma consciente de estar y desarrollar una experiencia. Ese *estar* no se agota en una lectura literal de lo que Malinowski proponía cuando escribió que “cuanto más cerca se vive de un poblado y más se ve realmente a los nativos, mejor” (Álvarez, 1994, p. 94). La etnografía virtual, por ejemplo, invita a discutir la idea clásica sobre la cercanía y sobre el ver “realmente” o directamente, permitiendo no estar ahí en carne y hueso, pero manteniendo una presencia digital, mediante la escritura, la imagen, las percepciones y las representaciones. La etnografía no es solo una experiencia personal, es un modo de trabajar que no se relaciona únicamente con personas y que ya no puede limitarse a “vivir lo más cerca posible de un poblado”. La etnografía aspira a describir la vida tal como es vivida y experimentada por las personas en algún lugar y en algún momento, nos dice Ingold (2017), y esto implica no conformarnos solamente con “acompañar”, presenciar, observar... sino que también desafía a crear nuevas co-presencias y estrategias para estudiar las diferentes formas de vivir y estar en el mundo.

Tal como vemos en este número temático, los ámbitos o contextos a partir de los cuales es posible pensar la etnografía (Estado, movilización política, migraciones o relaciones interétnicas) no son excluyentes, puesto que se entremezclan y es difícil pensar la etnografía sin considerar, al mismo tiempo, tanto los marcos identitarios como el rol del Estado y el poder, entre otros.

Si bien los antropólogos con frecuencia recurren a Malinowski, las preguntas cambian cuando ya no son los “nativos” o el “otro” quienes están en el centro de interés. Nos enfrentamos a máquinas virtuales, “bot”, blogs, instituciones, sistemas, territorios o paisajes tan heterotópicos como la Antártica<sup>4</sup>. Tal como explica Leticia Katzer en su artículo incluido en este dossier, “los relatos y las formas de relación construidas en el seno de las etnografías han sido y continúan siendo de lo más disímiles”. Sin embargo, aun cuando las nuevas búsquedas etnográficas han explorado más alternativas que la de “vivir lo más cerca de un poblado”, hay ciertos temas a los que se vuelve constantemente a partir de la experiencia etnográfica en las ciencias sociales. Qué hay detrás de la idea de instituciones tradicionales, de ciudadanía, de métodos sociales, de la política o del Estado, son algunas de las reflexiones que enmarcan este número. Instituciones, ideas y categorías son estudiadas más que como estructuras macro, estables y rígidas; la etnografía permite dar cuenta de la versión encarnada de éstas. Así, en algunos casos, el Estado es encarnado por una o dos personas con las que hay que lidiar.

El interés por abrir estas preguntas y por dar cuenta de la densidad detrás de las categorías responde tanto a la diversidad de la etnografía, en tanto que herramienta y perspectiva, como al auge que esta ha tenido. Si bien esta diversidad ha abierto la posibilidad de mostrar aspectos que no sería posible conocer mediante las llamadas “técnicas cualitativas de investigación social”, lo paradójico es que la etnografía ha llegado a ser un concepto tan usado en diversas disciplinas que ha perdido gran parte de su significado (Ingold, 2014). El antropólogo Tim Ingold, desde una visión que no ha estado ausente de polémica, se preocupa de de-

---

<sup>4</sup> Entre las ponencias en el marco de las Primeras Jornadas de Etnografía realizadas en noviembre de 2017 en la UAHC, contamos con la exposición de Juan Francisco Salazar “Especulación fabulativa y etnografía” de la University of Western Sydney. En su intervención sobre cómo hacer una etnografía en la Antártica, explicó como realizó una película etnográfica en este territorio extremo. Para más información véase el siguiente recurso digital: <https://vimeo.com/juansalazar>

finir los límites de lo que es la etnografía para protegerla de los abusos del término. Esta empresa podría parecer conservadora si pensamos, como ya dijimos, que las etnografías son disímiles, pero Ingold acierta cuando señala que, actualmente, etnografía pareciera ser sinónimo de cualitativo, que una entrevista puede ser por ejemplo tildada de “etnográfica” en un informe o investigación, aun cuando se trata de informantes previamente seleccionados y la información obtenida sea analizada con *softwares* para producir “resultados”, sin referencia alguna al contexto y las prácticas de aquellos entrevistados (Ingold, 2014). Esto atentaría con los principios que, por muy tajantes que parezcan, son la base de la etnografía: rigurosidad y compromiso en el “tiempo largo”, lazos profundos y sensibles en relación al contexto en el cual nos desenvolvemos.

La observación participante es el centro de la etnografía, la que nos obliga a cuestionar nuestros supuestos sobre el mundo (Shah, 2017). Esto no es propio de la antropología, tal como veremos en los artículos reunidos en este dossier, sino que es una forma de producción de conocimiento a través del estar y de la acción (Shah, 2017). Tal como señala esta autora, esto implica la larga duración, comprender holísticamente las relaciones de un grupo, es decir, estudiar todos los aspectos de la vida social e incluir en su justa medida intimidad y distancia con aquellos “extraños” que incluimos en nuestras investigaciones, sean estos humanos o no-humanos. Alpa Shah agrega que implicarse en estos pasos es un acto político que puede permitirnos desafiar las concepciones hegemónicas del mundo y del poder. Por eso, no puede ser algo propio solo de la antropología, sino que convoca a todas las ciencias sociales y más allá de ellas.

Tal como señalábamos, el contexto general de las condiciones de producción de conocimientos ha impuesto sus exigencias: el estándar metodológico de la sociología, por ejemplo, implicó la adecuación de la observación participante a las exigencias positivistas (Ingold, 2014). Esto ha generado un cambio importante en la manera de desenvolverse en el trabajo de campo, el que, en un

marco cada vez más orientado hacia la producción de artículos más que monografías, implica una transformación de la etnografía como género literario, cuando no la desaparición de ésta bajo una simple mención al método utilizado.

Contrariamente a una “norma” etnográfica, tal como existió entre 1900 y 1960, según afirma James Clifford (1983), las transformaciones progresivas respecto de la etnografía en las distintas disciplinas no han sido sistemáticas ni homogéneas en todas partes. Existen diferencias regionales, de orientación teórica y disciplinar respecto de lo que se entiende por “etnografía” y cuáles son los criterios que vuelven aceptable un trabajo etnográfico. Las ciencias sociales hablan una multiplicidad de lenguas y, cuando se nombra la etnografía, no se hace alusión a un objeto unívoco. Sin embargo, es difícil ceder a la idea de la etnografía como sinónimo de una experiencia fundada en terreno y en el “tiempo largo”, para retomar la expresión que usara Braudel respecto de la historia (Noiriél, 2002). O, más bien, creemos que no debiéramos renunciar a este tiempo largo, a los años en terreno (refiérase este a un espacio geográfico, virtual u otro). Tal como señaló Braudel (1958), ya sea en relación al pasado o al presente, una metodología común y transversal en las ciencias que estudian el hombre debiera considerar la pluralidad del “tiempo social”, es decir, el instante, el tiempo lento, la duración... la historia de la muy larga duración, la que va más allá de las decenas, centenas de años. Ese tiempo que va más allá de los eventos, los que muchas veces son engañosos y no nos permiten comprender la vida social más allá de “hitos”. El foco en este tiempo largo “es indispensable para una metodología común en las ciencias del hombre” (Braudel, 1958, p. 726).

## La celebridad de la etnografía entre las ciencias sociales

Es un hecho, la etnografía se ha consagrado como uno de los modos de crear conocimiento relevante en las ciencias sociales. En las últimas dos décadas, los estudios etnográficos se

han multiplicado tanto como su aceptación (Culyba, Heimer & Petty, 2004). Incluso en la era del *Big Data*, cuando los datos se procesan algorítmicamente en proporciones nunca antes vistas, se ha planteado la necesidad de complementarlos con la etnografía para enraizar y contextualizar los datos crudos, obteniendo lo que se ha dado en llamar *Thick Data* (Alles & Vasarhelyi, 2014; Wang, 2013). Se ha llegado a decir –no sin razón– que todos pueden hacer etnografía (Sharma, 2016), y así, junto a las clásicas monografías dedicadas a los pueblos indígenas situados en algún rincón más o menos apartado del globo, tenemos etnografías del consumo, de los medios de comunicación, del Estado, de la alcoba, de Internet, de las redes sociales, del ejército, de las cárceles, de los hospitales psiquiátricos, de las villas marginales, de las pandillas o de la venta de droga en los centros urbanos. Si bien la etnografía está estrechamente ligada a la antropología, hoy la observación participante es una práctica que trasciende las disciplinas.

A pesar de los problemas que ha conllevado la falta de un acuerdo en cuanto a la definición de la etnografía (Ingold, 2017), al carecer de un sentido unívoco ha podido adaptarse a diferentes disciplinas facilitando la colaboración entre ellas. Es posible combinar definiciones, experimentar, trasladar conceptos, asumiendo que, bajo un mismo término, pueden esconderse una pluralidad de sentidos y prácticas diversas. La etnografía está lejos de ser una ecuación matemática o un resultado estadístico (lo que no impide que puedan realizarse investigaciones, combinando etnografía, matemática y estadísticas).

Actualmente existe una diversidad de modos de practicar la etnografía. La sociología dominante, marcada por una metodología heredera del positivismo, recibe de mejor manera etnografías naturalistas antes que experimentales (etnografía interpretativa, reflexiva, colaborativa, performativa, autoetnografía, etc.). Estas abundan en la antropología y entre los practicantes del enfoque cualitativo de investigación social, como los interaccionistas simbólicos, así como entre aquellos en las filas de los estudios pos-

coloniales y el feminismo (Culyba et al., 2004). No son menores los trabajos sociológicos basados en una etnografía intensiva, con altos estándares metodológicos y una profunda reflexión epistemológica en diversos contextos urbanos, reflexión que podemos encontrar en un artículo transcrito de una charla de Erving Goffman en 1974 (Goffman, 1989), en la que fue convocado a hablar sobre cómo realizaba su trabajo. Resulta interesante profundizar en esta pregunta de cómo trabajamos, pues ahí mismo está el ámbito principal de la etnografía. Trabajos como los de Loïc Wacquant (2006) sobre el boxeo, de Phillipe Bourgoise (2010) sobre la venta de drogas en Nueva York, o de Javier Auyero y Débora Swistun (2008) sobre el sufrimiento ambiental en la ciudad de Buenos Aires, son buenos ejemplos de etnografías intensivas realizadas en contextos “no exóticos”.

A pesar de esto, y de la proliferación de revistas y manuales sobre métodos y técnicas cualitativas en la investigación social, en las que se publican cada vez más trabajos etnográficos, la tendencia general en la sociología mundial ha sido la de incorporar tangencialmente la etnografía más como una moda o como un modo de complementar los datos cuantitativos, incluyendo algunos días de trabajo de terreno o refiriéndose al trabajo etnográfico de otros para contextualizar sus propias generalizaciones (Culyba et al., 2004). En esta utilización auxiliar de la etnografía, la observación participante es vista como una técnica que entrega datos que, aunque son de un tipo diferente a los cuantitativos, tienen el mismo estatus epistemológico. En este mismo sentido, el uso aplicado de la etnografía en comunicación social, diseño, consumo y políticas públicas, tiende a enfatizar los aspectos técnicos de la observación participante orientada a producir información específica para algún objetivo práctico. En ellas, la etnografía no es un modo específico de conocimiento sino una técnica más dentro de un diseño metodológico.

Sin embargo, desde sus orígenes, la práctica etnográfica no ha dejado de presentar desafíos epistemológicos, metodológicos, teóricos, éticos y políticos, los cuales no han podido ser

eliminados mediante el recurso de la retórica del diseño metodológico.

En toda la variedad de perspectivas que contiene un mismo término, las dificultades de entendimiento y el riesgo de descrédito son grandes. Por esta razón, es necesario un diálogo interdisciplinario que permita circunscribir los límites de lo etnográfico que sostienen la colaboración en las ciencias sociales y más allá de ellas. Este dossier pretende ser un aporte a dicho diálogo mediante una muestra de diversos modos de hacer y concebir la etnografía.

## El trabajo artesanal basado en la experiencia

Históricamente, la etnografía ha sido casi un sinónimo de antropología. Efectivamente, la tradición de la tribu antropológica hace del trabajo de campo etnográfico el rito de paso necesario para convertirse en un profesional completo, y al viaje que Bronislaw Malinowski coronara con la publicación de los *Argonautas del Pacífico Occidental* en 1922 su mito de origen (Stocking, 1985). Sin embargo, si bien es imposible pensar la antropología sin el trabajo de campo etnográfico, la observación participante ha existido sin la antropología, puesto que ha tenido orígenes diversos. Para empezar, toda la etnografía alemana realizada al alero de la escuela etnológica difusionista a fines del siglo XIX y principios del XX es legítimamente reclamada por la geografía humana tanto como por la antropología sociocultural (Canal, 2018). Por otra parte, la observación participante fue desarrollada de manera autónoma en la Escuela de Chicago de interaccionismo simbólico, o en los estudios culturales, como los de Paul Willis, para responder a los problemas que se planteaban (Restrepo, 2018). A pesar de ello, la mayor parte del trabajo etnográfico actual es realizado por profesionales de la antropología en las condiciones que le han dado sus características: observación participante, con permanencia a tiempo completo y por un periodo prolongado, de las prácticas sociales y el sen-

tido que esas prácticas tienen para los propios actores (Guber, 2004, 2017; Restrepo, 2018). Estas condiciones, establecidas a fines del siglo XIX y encarnadas en la figura de Malinowski, son las que se siguen aplicando para cualquier trabajo etnográfico, independientemente de las circunstancias en que se realicen, ya sea en una comunidad indígena, las redes sociales digitales o en el estudio de una política pública. Evidentemente, la etnografía ha experimentado transformaciones importantes, tal como el mundo en el cual ella se pone en juego. Así, de unas etnografías localizadas en espacios remotos y aislados, como si los pueblos observados estuvieran fuera del tiempo y de la influencia externa en un eterno presente etnográfico (Fabian, 2002), se desarrolló el enfoque situacional para comprender, desde un punto de vista microscópico, las estructuras que hacían inteligibles las relaciones interétnicas en las ciudades de África del sur durante el periodo colonial (Balandier, 1970; Gluckman, 2003; Mitchell, 1959; Van Velsen, 1978); y se comenzó a realizar etnografías históricas (Sahlins, 1997, 2001) y multisituadas (Hannerz, 2003; Marcus, 1995) que consideraran la manera en que los actores y los grupos se relacionan con el sistema político, económico y cultural de escala mundial, pasando a ser considerados contemporáneos antes que primitivos o incluso cosmopolitas (Agier, 2012; Althabe, 2003; Augé, 1995). Estos cambios han exigido el desarrollo de la interdisciplinariedad y la incorporación de diversas técnicas, tecnologías y formas de análisis cuantitativos y cualitativos para hacer viable la encuesta en terreno. Sin embargo, la etnografía sigue siendo una práctica artesanal, puesto que su éxito depende de la experiencia de encuentro entre la persona que observa y la persona observada, en el contexto de realización de sus interacciones cotidianas.

## Complejidades de un término

La experiencia personal sobre la cual se base la etnografía la diferencia de las técnicas cualitativas de investigación, puesto que en ella el observador no se limita a recoger datos como si es-

tuvieran ahí esperando para ser recogidos y analizados, sino que está comprometido ontológicamente (Ingold, 2017) en un proceso de co-conocimiento con aquellas personas que conforman el contexto que quiere comprender. Puesto que en la etnografía se quiere describir la manera en que un grupo, una comunidad, un contexto se estructuran, y el sentido que en este contexto se otorga a las acciones de los sujetos que lo componen, la empresa etnográfica depende de una sensibilidad particular hacia “una manera de ser en y ver el mundo culturalmente establecida” (McGranahan, 2018, p. 2). La etnografía sería ontológica y epistemológica a la vez (McGranahan, 2018), lo que sin duda dificulta su inclusión en los cánones del diseño metodológico imperante en las ciencias sociales (Ingold, 2017).

La palabra “etnografía” puede referirse a la vez a un enfoque, un método y un texto (Guber, 2017); o simultáneamente a una técnica, un método y un tipo de escritura (Restrepo, 2018); o bien a una teoría, un método y una forma de escritura (McGranahan, 2018). Como hemos dicho, la etnografía es a menudo vista únicamente como una técnica, la observación participante, lo cual supone limitar la experiencia social total que podría tener quien observa las actividades de colecta de información, volviendo a sus interacciones siempre instrumentales y a sus interlocutores unos meros informantes, negando así el propósito de la etnografía, que es observar las relaciones en su contexto natural participando de ellas. De modo que, si la etnografía tiene una dimensión técnica, no puede reducirse a ella sin sacrificar aquello que la define. La antropóloga Carole McGranahan ha definido la “etnografía antropológica” como “una práctica de conocimiento corporal, empírica y experiencial, basada en el trabajo de campo y en la observación participante” (McGranahan, 2018, p. 4). Mucho tiempo antes, en 1974, Ervin Goffman definía la observación participante como una técnica, pero una técnica

en la cual me parece que se obtienen datos sometiéndose uno mismo, su propio cuerpo y su propia personalidad,

y su propia situación social, al conjunto de contingencias que inciden sobre un conjunto de individuos, de modo que es posible penetrar física y ecológicamente su círculo de respuestas a su situación social, o su situación laboral, o situación étnica, o la que sea. (Goffman, 1989, p. 125). De manera que, tanto en antropología como en sociología (al menos en el interaccionismo simbólico), guardando todos los matices que caben aquí, la etnografía ha sido entendida y practicada como una experiencia personal total. Es por eso que, a menudo, las personas que realizan etnografía se definen a sí mismos como etnógrafos antes que como observadores o investigadores (Mannay y Morgan, 2015).

Evidentemente, no todos los terrenos permiten las mismas condiciones, y los objetos de las diversas disciplinas han tensionado estos factores, llamando “etnografía” a prácticas que distan de la inmersión profunda y la estadía permanente en el campo para participar activamente de todas las instancias posibles. La etnografía en el ciberespacio, por ejemplo, no supone una experiencia corporal; el trabajo en instituciones jerarquizadas, como el ejército o un hospital psiquiátrico, no permite la participación plena y a menudo se limita a la realización de entrevistas; el trabajo con reos en un presidio impone una barrera a quien, sin ser un prisionero más, desee realizar un trabajo etnográfico. Y sin embargo tenemos etnografías sobre estos contextos. Una respuesta ha sido la de adaptar el método a las condiciones del campo (así como a las del presupuesto y los plazos cada vez más apremiantes de los mandantes), como con la denominada “observación flotante” (Pétonnet, 1982), que emula al paseante ciudadano para incorporar los ritmos y flujos de un espacio urbano siempre en formación. O la llamada “etnografía enfocada” (Knoblauch, 2005), que se presenta como una versión complementaria de la etnografía convencional de corta duración, pero de intensa interacción comunicativa. La otra respuesta es elaborar un dispositivo de control de la observación y la participación en la etnogra-

fía, presentándola más bien como un planteamiento holístico de alcance epistemológico y existencial a la vez.

## Etnografía, método y reflexividad

En este escenario, es lícito preguntarse cuáles serían los límites de lo etnográfico, que la distingue de la observación participante y qué garantías de rigurosidad puede presentar un método o una técnica en el cual se está a merced de los tiempos y las características del contexto. ¿En qué sentido puede hablarse de etnografía cuando la labor investigativa se restringe casi en su totalidad a entrevistas en profundidad? Como hemos visto, hay quienes sostienen que una entrevista nunca podría ser etnográfica (Ingold, 2017). Para otros, como Eduardo Restrepo o Rosana Guber, una entrevista puede ser etnográfica en la medida en que tome en cuenta lo que en ella se dice como una expresión de lo que se está haciendo en la situación de entrevista, considerada como una relación social. De este modo, la etnografía como método o encuadre epistemológico, considera una serie de técnicas (observación participante, entrevistas, genealogías, historias de vida) que cobran sentido etnográfico situándolas en su contexto de producción sociocultural (Restrepo, 2018). Rosana Guber, siguiendo en esto a Harold Garfinkel, pone el acento en la reflexividad de los actores, tanto al momento de producir las interacciones propias del contexto estudiado como aquellas propias del estudio de dicho contexto (Guber, 2017). Así, las informaciones (las respuestas a preguntas directas en una entrevista, y las interacciones y actividades observadas en la participación del etnógrafo) no son un reflejo objetivo de un contexto trascendente (estructura, cultura, identidad, etc.), sino el resultado de las múltiples reflexividades que consideran y reaccionan a la presencia, atributos, acciones y preguntas del etnógrafo. Es tarea del observador trabajar esas aparentes distorsiones como datos etnográficos, para así restituir el sentido social de las acciones y de los dichos de los actores. A esto se refiere Jaime González en el artículo que publica en

este dossier sobre los intelectuales indígenas cuando, siguiendo en esto a Giddens, asume la necesidad de considerar la “doble hermenéutica” de la situación etnográfica: “la investigación de campo con estos agentes dependerá también de la capacidad de interpretación de los sujetos de estudio y del efecto que esto generará en la interacción con el investigador. De esta manera, las tendencias intelectuales que se puedan identificar en terreno estarán mediadas por la conciencia de estos agentes y la lectura intelectual que realicen del etnógrafo que tengan en frente”. Asimismo, Olivia Leal, en el texto que publica aquí, analiza los “procesos de interpelación de ida y vuelta entre los sujetos étnicos y el etnógrafo sobre los datos recabados, las formas de registro y el ordenamiento de información que dieron forma en su conjunto al texto etnográfico final. De hecho, mi propia tesis la considera como parte de su patrimonio material como colectivo étnico, al considerar el documento «tan solo una parte, de lo mucho que se puede decir de los chilas»”.

A nuestro juicio, este es un componente esencial de la etnografía. No se trata sólo de observar aquello en que se participa, sino de mantener una atención (flotante o dirigida) y una vigilancia epistemológica. En este sentido, la interacción en la observación participante se asemeja a la relación establecida en la práctica psicoanalítica, en la cual el material analizado son los recuerdos objetivados del analizando, como la transferencia y la contratransferencia, en las que se repiten los conflictos básicos del analizando, proyectándolos en la figura del analista en la medida en que éste reacciona también a ella. En el trabajo etnográfico, este juego especular debe ser registrado y considerado, aun cuando se aplique una encuesta, una entrevista o una genealogía, considerando el análisis de la transferencia y el de la contratransferencia, e incluso poniendo mayor énfasis en el segundo, puesto que permitirá controlar la producción y el análisis de los datos (Devereux, 2008). Esto no implica necesariamente una vuelta obsesiva sobre cuestiones de autoridad etnográfica y crisis de representación. Tampoco supone otorgar un privilegio a lo

“autoetnográfico” (aunque, por cierto, lo dota de un fundamento epistemológico), puesto que la etnografía debe siempre describir una realidad concreta en términos fidedignos y de manera rigurosa. La etnografía debe decir algo sobre su objeto (que no los sujetos en sí mismos), sobre la relación entre lo mismo y lo otro, el juego de las alteridades y el sentido social que se deriva de ellas (Augé, 1995 y 1996). Para que ello se logre, se debe considerar a la etnografía como un conocimiento situado, en el cual las reflexividades de unos y otros ponen en juego en la misma investigación una relación de la misma naturaleza que aquella que se busca describir. Esta es tal vez la principal dificultad de la “metodologización” de la etnografía, si se nos permite el barbarismo, el hecho de que sólo sea un método *a posteriori*, cuando las observaciones realizadas en el contexto de interacción y registradas en el cuaderno de campo, pasan a formar parte de una descripción escrita o visual que pretende comprender o explicar un fenómeno general en un contexto particular (Ingold, 2017).

## El conocimiento etnográfico, experiencia encarnada y políticas académicas

El carácter situado del conocimiento etnográfico ha dado pie para hablar de teoría etnográfica (Da Col & Graeber, 2011; McGranahan, 2018). Más allá de las polémicas respecto de la perspectiva teórica que implica esta expresión (Ingold, 2017), la cuestión del alcance generalizador del conocimiento sobre contextos restringidos, como los que suelen abordar los etnógrafos (aldea, sala de clases, institución, barrio, etc.), ha sido definida por Clifford Geertz apelando al carácter microscópico del conocimiento etnográfico, en la medida en que no estudia pequeñas localidades sino que estudia temas de gran y profundo alcance en estos lugares mediante lo que denomina “descripción densa”, que corresponde a explicar los hechos apelando al sentido social de la acción (Geertz, 1992). Así, sería posible hablar de “conocimiento etnográfico” en la medida en que este da cuenta de

conceptos encarnados en una experiencia concreta socioculturalmente informada. Este modo de construir conocimiento, enfrentando nociones, conceptos y modelos locales, con modelos, conceptos y nociones teóricas elaboradas en la academia, es el que permite renovar y aumentar permanentemente el repertorio conceptual de las ciencias sociales. En la medida en que el conocimiento etnográfico supone una exposición a una configuración de la realidad y de la experiencia diferentes, posibilita, además de una crisis teórica y epistemológica, una crisis ontológica en el etnógrafo que intenta expresar en su descripción etnográfica.

En su artículo publicado en este dossier, Leticia Katze, señala que “la especificidad de la etnografía es la de ser una concepción y práctica de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros (Guber 1991[2004] 2001); ésta sólo es posible cuando se establece auténticamente una relación entre el etnógrafo/a y esos otros”. La autora agrega que fueron las “relaciones etnográficas” en terreno las que guiaron sus actividades académicas, decisiones y preguntas de investigación. Este proceso es fundamental y necesario, aun cuando los criterios de evaluación hoy en día (ya sea para fondos, proyectos, o para medir productividad o publicaciones) constriñen a las investigadoras e investigadores a circunscribir la investigación a un lapso de tiempo breve, a cuantificar entrevistas y medir resultados. El desafío de llevar a cabo etnografías de tiempo largo, en un contexto académico marcado por la maximización del tiempo y de los resultados en la investigación, es hoy más que nunca un reto.

En esta circunstancia, más que a otras disciplinas de las ciencias sociales, a la antropología se le cuestiona el rigor y sistematicidad “científica”, la capacidad de producir “conocimientos confiables” a través de la etnografía, encausándola a predefinir de antemano “muestras representativas”. Si bien en las investigaciones la población estudiada no es homogénea y, por ende, es central dar cuenta de la diversidad, no siempre esta puede ser explicada a través de un muestreo representativo. Muchas veces

la etnografía se centra en grupos que tienen ciertas ideas parecidas, o que pertenecen a grupos y/o clases similares, por ejemplo, al estudiar un partido político, una ONG, o el tatuaje en un grupo de jóvenes. La riqueza no siempre está en la “representatividad” para responder la pregunta de investigación, sino también en la particularidad, en lo que hace único a ese grupo, en sus características, en cómo sus miembros se autoperceben, en cómo existen en tanto que grupo. La etnografía permite rastrear las motivaciones y significados que los involucrados informan, cómo viven e interpretan ellos mismos su vida, su pertenencia a los grupos o categorías sociales, su propia existencia.

La etnografía, en tanto que experiencia de campo, va modificando nuestras preguntas, así como las preguntas que hacemos a los “nativos” y lo que observamos. En este marco, las maneras en las que las personas con las que interactuamos en terreno piensan, dan cuenta de su entorno, explican y reflexionan con los etnógrafos, debieran ser vistas, tal como sugiere Julieta Quirós, “menos como un punto de vista «intelectual» (i.e.: formas de *concebir* y *significar* mundos) y más como un punto de vista «vivencial» (formas de *hacer* y *crear* vida social)” (Quirós, 2015, p. 47).

Muchos de los aspectos que están en el centro de las monografías, no parecían relevantes o ni siquiera son considerados en la fase inicial de diseño de la investigación. Y es común que emerjan nuevos problemas y nuevas preguntas durante el terreno. En este sentido, una característica distintiva de la etnografía es que, antes que circunscribir temas, abre nuevas interrogantes. Como hemos dicho, en esta dinámica de ir y venir del terreno, la reflexividad resultante de la experiencia compartida, de la “exposición” y de la vivencia, es parte central de la etnografía. Ahora bien, estas sensibilidades y compromisos no encajan con los marcos y estándares cada vez más exigidos en los protocolos para obtener fondos de investigación, becas, evaluaciones y rendiciones de nuestros trabajos. Más aún cuando “la pregunta de investigación nunca es una formulación sabia. El objeto y preguntas de investigación son, precisamente, parte de lo

que vamos a buscar al campo” (Quirós, 2015, p. 54). Esto es un verdadero desafío, tanto para el cuerpo estudiantil, que realiza etnografías y debe justificarlas, como para los investigado/es, que deben “adaptar” la etnografía a los estándares, requisitos y formularios del campo académico actual. Por otra parte, la investigación etnográfica debe ajustarse al formato del artículo científico, el cual debe dar cabida a todos los componentes de un trabajo científico, a la par que a unos datos etnográficos, de contexto y situación, que requieren de un espacio mucho mayor que el de las tablas de datos cuantitativos o las citas de entrevistas de la investigación cualitativa, para referir siempre a una problemática de alcance general que les otorgue relevancia y los inserte en el campo de reflexión disciplinar o temático. Por más que surjan nuevos mundos por explorar (citas digitales, mundos carcelarios, científicos emplazados en una base en la Antártica, etc.), es posible determinar que la etnografía es un método, una técnica y un modo de escritura sólido y dúctil que puede enfrentar estos nuevos retos. Presentamos aquí una muestra como prueba de ello.

## Organización del dossier

El dossier que se presenta en este número se compone de ocho artículos que se agrupan en cuatro grandes temas: primero, dos artículos que nos permiten contextualizar la etnografía como concepto, históricamente y teóricamente. El artículo “Etnografía y empirismo” de Cristopher Valdés San Martín aborda la etnografía desde una reflexión epistemológica y siguiendo una consideración fenomenológica de la historia de la misma, principalmente desde la perspectiva de Husserl. Plantea que el conocimiento antropológico se distingue por su afán totalizador en la búsqueda por componer el “mundo” del otro a partir de un conocimiento no conceptual y apegado a la experiencia que, sin embargo, permita la emergencia de un sujeto filosofante. Luego, el artículo “Etnografías desérticas. Reflexiones desde una antropología del nomadismo”, de Leticia Katzer, combina una reflexión crítica sobre la

etnografía con su propia experiencia de campo con población indígena Huarpe, en la provincia de Mendoza, Argentina. Dialoga con la filosofía continental de Derrida, Cacciara, Deleuze y Guattari, proponiéndola como una expresión de ciencia nómada en la medida en que pone el ojo en la huella, el rastro y el espectro antes que en regularidades que llevan a modelos cerrados. De esta manera, Katzer hace dialogar su proceso y su experiencia etnográfica con la filosofía postestructuralista, para dar fundamento a su propuesta de etnografía colaborativa.

Luego, desde una etnografía política, el trabajo de Pia Rius permite ver “lo que hay detrás” de lo aparente. De esta manera, Rius investiga “la experiencia de lo político” para ver cómo una población autogestiona cotidianamente “la organización colectiva, el trabajo, la alimentación o las producciones y consumos culturales”. El tiempo largo de su etnografía le permite aprehender una temporalidad que va develando cómo se define el “trabajo ‘sin patrón’”.

Desde el problema global que enfrentan los migrantes hoy en día, el trabajo de Alberto Farías “Miradas etnográficas y representaciones de ciudadanía en jóvenes indígenas, migrantes purépechas de México” reflexiona también, desde una etnografía política, sobre la migración indígena purépecha hacia Estados Unidos. Presenta los resultados de una investigación cualitativa, colaborativa y de corte etnográfico, de la situación de discriminación y racismo vivida por jóvenes purépechas, luego de haber migrado y regresado a sus comunidades de origen en México. Este trabajo da cuenta de un problema relevante, a saber, las prácticas de discriminación y racismo contemporáneas, considerando las comunidades indígenas en sus posibilidades de devenir en el contexto actual.

En este dossier presentamos dos etnografías urbanas. En la primera de ellas (“Etnografía institucional como aproximación al habitar cotidiano”) sus autores, Jirón, Orellana e Imilán, luego de una detallada descripción de lo que es la etnografía institucional

(EI), explican cómo este enfoque es susceptible de aplicarse a los estudios del habitar urbano. En particular, los autores se centran en el caso del Programa de Recuperación de Barrios “Quiero Mi Barrio” (MINVU) y en los conocimientos y saberes que median entre quienes habitan en un barrio de Santiago y la intervención misma, así como en el régimen institucional que rodea dicha intervención. Según ellos, la EI va más allá de estudiar únicamente las experiencias cotidianas, proponiéndose indagar en “las relaciones sociales, la organización y las relaciones de control” que “emergen de los complejos institucionales que coordinan y administran dichas experiencias.”

El segundo trabajo es el de Olivia Leal Sorcia, “Retos del quehacer etnográfico con indígenas urbanos en ciudades mexicanas”. En este texto, Leal elabora una reflexión crítica sobre el método etnográfico y sus técnicas (observación participante, cuaderno de campo y entrevistas en profundidad) a partir de su trabajo de campo realizado con indígenas residentes en la Ciudad de México (chilangos), considerando los desafíos que supone la agencia de los actores en la manera en que la etnógrafa registra, analiza y escribe, y el papel que cumplen sus escritos en el fenómeno que busca comprender.

Finalmente, cerramos el dossier con dos etnografías que abordan la problemática étnica desde distintos casos. El primer trabajo, “Intelectualidad étnica. Propuesta teórico-metodológica de un objeto de indagación”, de Jaime González, desarrolla un modelo para comprender la intelectualidad étnica sobre la base de la propia experiencia etnográfica entre los Purhépecha de México y los Aymara de Chile. Muestra la versatilidad del método etnográfico con sujetos para los cuales éste no fue diseñado. El texto considera las dificultades de esta investigación no tradicional, indicando la necesidad de incorporar el análisis de la doble hermenéutica que se produce en la situación etnográfica, en el que, como el investigador, los intelectuales tienen grados académicos y un nivel de agencia del conocimiento del que trata el proceso etnográfico.

El texto de Roberto Narváez Collaguaz , “La etnografía: instrumento de investigación en antropología jurídica. El caso de un pueblo amazónico”, profundiza en los fundamentos socioculturales de la guerra, en el caso de los waorani de la Amazonía ecuatoriana, desde la perspectiva de la antropología jurídica, mostrando hasta qué punto la etnografía es relevante para esta subdisciplina. Con constantes referencias al cuaderno de campo, muestra el modo en que las venganzas, las estrategias y las alianzas forman parte de una manera de vivir en común en la Amazonía, por medios como asaltos, escaramuzas y enfrentamientos, todos los cuales son juzgados por el Estado como faltas a la ley y al orden cívico, pero que desde una mirada etnográfica pueden ser entendidos como parte de un modo tradicional de participar en la vida social y ser reconocido por los otros.

Este dossier presenta una interesante gama de temáticas, fenómenos y problemas, teóricos, metodológicos y epistemológicos en torno a la etnografía. Confiamos en que esta selección no sólo sea una muestra de la manera en que las etnógrafas y los etnógrafos están practicando la etnografía y los problemas que se están planteando respecto de esta práctica, sino que contribuirá a posibilitar el diálogo entre personas que provienen de países, disciplinas y tradiciones sociales, culturales, ideológicas e intelectuales disímiles.

## Bibliografía

- Agier, M. (2012). Pensar el sujeto, descentrar la antropología. *Cuadernos de antropología social*, (35), 9-27.
- Alles, M, & Vasarhelyi, M. A. (2014). Thick data: adding context to big data to enhance auditability. *International Journal of Auditing Technology*, 2(2), 95-108. DOI: <https://doi.org/10.1504/IJAUDIT.2014.066237>
- Althabe, G. (2003). Antropología del mundo contemporáneo y trabajo de campo. *Alteridades*, 13(25), 7-12.
- Álvarez, A. (1994). La invención del método etnográfico: reflexiones sobre el trabajo de campo de Malinowski en Melanesia. *An-*

- trpología. Asociación madrileña de antropología, 1994, 83-100.*
- Atkinson, P. (2015). *For ethnography*. Los Angeles: SAGE.
- Augé, M. (1995). *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos* (.ª ed). Barcelona, España: Gedisa.
- Augé, M. (1996). *El sentido de los otros: actualidad de la antropología* (.ª ed). Barcelona, España: Paidós.
- Auyero, J, & Swistun, D. A. (2008). *Inflamable: estudio del sufrimiento ambiental* 1ª ed). Buenos Aires: Paidós.
- Balandier, G. (1970). *El concepto de «situación» colonial*. Guatemala: Ministerio de Educación.
- Bourgois, P. I. (2010). *En busca de respeto: la venta de crack en Harlem*. San Juan, P.R.: Ediciones Huracán.
- Braudel, F. (1958). Histoire et Sciences sociales : La longue durée. *Annales*, 13(4), 725-753. DOI: <https://doi.org/10.3406/ahess.1958.2781>
- Canal, R. de la. (2018). La Geografía y la Antropología: vinculaciones en sus recorridos históricos. *Huellas*, 22(2), 99-105. <https://doi.org/DOI: http://dx.doi.org/10.19137/huellas-2018-2215>
- Culyba, R. J., Heimer, C. A, & Petty, J. C. (2004). The Ethnographic Turn: Fact, Fashion, or Fiction? *Qualitative Sociology*, 27(4), 365-389. DOI: <https://doi.org/10.1023/B:QUAS.0000049238.27735.79>
- Da Col, G, & Graeber, D. (2011). Foreword: The return of ethnographic theory. *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 1(1), vi-xxxv. DOI: <https://doi.org/10.14318/hau1.1.001>
- Devereux, G. (2008). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. México, D.F.: Siglo Veintiuno.
- Fabian, J. (2002). *Time and the other: how anthropology makes its object*. New York: Columbia University Press.
- Geertz, C. (1992). Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. En *La interpretación de las culturas* (pp. 19-41). Barcelona: Gedisa Editorial.
- Gluckman, M. (2003). Análisis de una situación social en Zululandia modernl. *Bricolage*, (1), 34-49.
- Goffman, E. (1989). On fieldwork. *Journal of Contemporary Ethnography*, 18(2), 123-132. DOI: <https://doi.org/10.1177/089124189018002001>
- Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento*

- social en el trabajo de campo* (.ª ed. en Editorial Paidós). Buenos Aires: Paidós.
- Guber, R. (2017). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Hannerz, U. (2003). Being there... and there... and there!: Reflections on Multi-Site Ethnography. *Ethnography*, 4(2), 201-216. DOI: <https://doi.org/10.1177/14661381030042003>
- Ingold, T. (2014). That's enough about ethnography! *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 4(1), 383-395. DOI: <https://doi.org/10.14318/hau4.1.021>
- Ingold, T. (2017). ¡Suficiente con la etnografía! *Revista Colombiana de Antropología*, 53(2), 143-159.
- Knoblauch, H. (2005). Focused Ethnography. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 6(3). DOI: <https://doi.org/10.17169/fqs-6.3.20>
- Mannay, D, & Morgan, M. (2015). Doing ethnography or applying a qualitative technique? Reflections from the 'waiting field'. *Qualitative Research*, 15(2), 166-182. DOI: <https://doi.org/10.1177/1468794113517391>
- Marcus, G. E. (1995). Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography. *Annual Review of Anthropology*, 24(1), 95-117. DOI: <https://doi.org/10.1146/annurev.an.24.100195.000523>
- McGranahan, C. (2018). Ethnography beyond method: the importance of an ethnographic sensibility. *Sites: A Journal of Social Anthropology & Cultural Studies*, 15(1).
- Mitchell, J. C. (1959). *The Kalela dance: aspects of social relationships among urban Africans in Northern Rhodesia*. Manchester: Manchester University Press.
- Noiriel, G. (2002). Comment on récrit l'histoire. Les usages du temps dans les Écrits sur l'histoire de Fernand Braudel. *Revue d'histoire du XIXe siècle. Société d'histoire de la révolution de 1848 et des révolutions du XIXe siècle*, (25), 57-81. DOI: <https://doi.org/10.4000/rh19.419>
- Pétonnet, C. (1982). L'Observation flottante. L'exemple d'un cimetière parisien. *L'Homme*, 22(4), 37-47. DOI: <https://doi.org/10.3406/hom.1982.368323>
- Quirós, J. (2015). Etnografiar mundos vívidos. Desafíos de trabajo de

- campo, escritura y enseñanza en antropología. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 0(17). Recuperado de <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/publicar/article/view/4914>
- Restrepo, E. (2018). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas* (aa ed.). Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Recuperado de <http://bdjc.iaa.unam.mx/items/show/77>
- Sahlins, M. (1997). *Islas de historia: la muerte del capitán Cook metáfora, antropología e historia* (.ª ed). Barcelona: Gedisa.
- Sahlins, M. (2001). Dos o tres cosas que sé acerca del concepto de cultura. *Revista Colombiana de Antropología*, (37), 11.
- Sharma, D. (2016, febrero 11). *Everybody's an Ethnographer!* Recuperado 19 de noviembre de 2018, de <https://ethnographymatters.net/blog/2016/02/11/everybodys-an-ethnographer/>
- Stocking, G. W. (1985). The Ethnographer's Magic. Fieldwork in British Anthropology from Tylor to Malinowski, en G. W. Stocking (Ed.), *Observers observed: essays on ethnographic fieldwork* (Nachdr., pp. 70-120). Madison, Wis.: Univ. of Wisconsin Pr.
- Shah, A. (2017). Ethnography? Participant observation, a potentially revolutionary praxis. *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 7(1), 4–59.
- Van Velsen, J. (1978). The Extended-case Method and Situational Analysis, en A. L. Epstein (Ed.), *The Craft of social anthropology* (pp. 129-149). Oxford ; New York: Pergamon Press.
- Wacquant, L. J. D. (2006). *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Wang, T. (2013, mayo 13). *Big Data Needs Thick Data*. Recuperado 19 de noviembre de 2018, de <https://ethnographymatters.net/blog/2013/05/13/big-data-needs-thick-data/>